

EDITORIAL

NATURALEZA Y HUMANISMO

México sufre las consecuencias del terrible golpe que la Naturaleza le propinó la mañana del 19 de septiembre de este año, especialmente en la ciudad capital: los miles de muertos, cuyo número exacto no se conocerá o acaso se oculte para evitar mayor alarma, constituyen un holocausto dantesco, y la enorme cantidad de lesionados, de familias mutiladas y sin hogar, los niños huérfanos y la depresión que se apoderó de la población, son sólo una parte de las consecuencias del terremoto (grado 8.1 de Richter) que dejó a la ciudad con apariencia de haber sido bombardeada por algún belicista enloquecido. (¿Hay uno cuerdo?) Un día después la Naturaleza redondeó su obra a las siete y minutos de la noche con nuevo sismo del grado 5.

Sin embargo, un sentimiento que se iba perdiendo, la solidaridad humana, el amor a nuestros hermanos, brotó en el pueblo de la ciudad de México que se lanzó a las calles a remover escombros con sólo sus manos, a buscar sobrevivientes y cadáveres, armado sólo de su corazón. Nada importaron hambre, cansancio, vigilia constante, frío, sol ni polvo. Pareció que cada uno de los numerosos "topos" (buscadores entre escombros) había perdido en cada derrumbe al ser más querido.

La mujer mexicana, profundamente maternal, vio en cada desamparado a un propio... consiguió comida, cocinó, repartió alimento y prodigó consuelo; tampoco para ella hubo hambre, cansancio ni desvelo. Pocas debieron ser las familias que no enviaron lo que tenían para consuelo de sus hermanos. En una palabra, la acción humana sobrepasó a toda otra...

Merece mención muy especial la caudalosa corriente de ayuda exterior que desde los primeros días llegó a México; hombres, máquinas, instrumentos de precisión, animales amaestrados, ropa, alimentos y dinero. ¡Cuántos países, ricos y pobres, muy pobres y hasta bañados en su propia sangre, nos enviaron parte de ésta para hacernos sentir su fraternidad.

Frente a este espectáculo terrible y por momentos conmovedor, muchos nos preguntamos, ¿serán necesarias catástrofes periódicas para frenar la irracional agresividad de algunos?

Una cosa es evidente: la Naturaleza es impía: inunda, quema, hace estremecer la tierra o la cubre de hielo... En ella no caben consideraciones humanitarias, simplemente obedece a leyes físicas y el único reservorio de piedad hacia el hombre, los animales, las plantas y la tierra misma, es el género humano y éste es nuestra única esperanza que afortunadamente se ha manifestado con esplendor durante nuestra ordalía.

Cabe destacar que este golpe brutal de la Naturaleza ha servido para poner de manifiesto que existen fuerzas poco conocidas que mantuvieron la vida de seres humanos latiendo bajo los escombros durante días, tanto en recién nacidos como en personas de toda otra edad. ¡Cuántos sobrevivieron sin agua ni alimento y casi sin aire durante días y días...! y en lugar de estudiar estas fuerzas se diseñan bombas de poder colosal para envenenar el cosmos. Verdaderamente dentro del género humano existen muchos Franciscos de Asís pero también seres diabólicos cuya única preocupación es causar daño... como si ellos no fueran pasajeros de la misma nave.

Aunque todos los muertos merecen nuestro respeto y su pérdida es irreparable, éste es el lugar para rendir homenaje a los cientos de trabajadores de la salud que murieron en cumplimiento de su deber, cuidando enfermos, ayudando a venir niños al mundo y en otras labores. Enfermeras, médicos, estudiantes de medicina, residentes, laboratoristas, empleados administrativos, técnicos y manuales que ofrendaron su vida merecen ser recordados y puestos como ejemplo. Ellos fueron Trabajadores de la Vida. Estos, y otros más, son los verdaderos héroes modestos y casi anónimos para quienes, igual que los "topos", no habrá estatuas, calles ni monumentos, pero que viven en el corazón de todos los que sobrevivimos.